

Ahora que el invierno parece enfilar su último tramo nos hiela el alma, de forma cruel, la muerte de María Ruiz Trapero, simplemente Doña María, para todos. La profesora Ruiz Trapero nació en Madrid el 26 de marzo de 1931 y ayer, 23 de febrero de 2015, tomaba la nave que nunca ha de tornar. La trayectoria universitaria de Doña María, en el ámbito docente, había comenzado en marzo de 1961, cuando se incorporó a la Universidad Complutense como profesora ayudante. A lo largo de las más de cinco décadas transcurridas desde entonces ha sido todo: Directora del Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas, Vicedecana y Decana de la Facultad de Geografía e Historia. Pero, sobre todo, profesora de varias generaciones de alumnos. Maestra en la ciencia y en la vida. Pocas vocaciones se habrán ejercido con tanto empeño y dedicación. Tras su jubilación, en 2001, prosiguió como profesora emérita su labor docente hasta 2005; pero su inquietud por la Universidad se mantuvo hasta hoy, sin ceder un ápice.

Trabajó con denuedo, siempre en el empeño de desarrollar un auténtico apostolado cultural, tanto en la Fundación Universitaria Española (F.U.E.), donde dirigía el Seminario «Cisneros», como en la Real Academia de Doctores de España (R.A.D.E.), en la que ingresó en mayo de 2006 para hacerse cargo de la medalla n.º 32.

En la F.U.E, de cuyo lema «*sub halitu fidei, in altum progrediar*», hizo su propio compromiso ha llevado a cabo numerosos seminarios y otras tantas publicaciones en la revista *Cuadernos de Investigación Histórica*. En la R.A.D.E., desde la presidencia de la Sección de Humanidades, que ostentaba, no cejó un solo momento de impulsar todo tipo de proyectos.

Algo semejante podría decirse de su relación con la Real Casa de la Moneda, a la que, en su calidad de destacada autoridad en el campo de la numismática, prestó señalados servicios. Pero no sería la única institución. El C.E.U. «San Pablo» podría dar testimonio, igualmente, de la colaboración de la prof.^a Ruiz Trapero. Igualmente los organismos públicos encargados de la enseñanza, como el Consejo Escolar, contaban siempre con el esfuerzo y la cooperación de Doña María.

En todos los frentes, se manifestó convencida de que la educación venía a ser la herramienta formadora de seres humanos con auténtico sentido de sí mismos, y de los demás, y a ello entregó su vida.

Pero la verdadera dimensión de María Ruiz Trapero era la que manifestaba en su acreditada condición de «buena persona»; de ser humano abierto siempre a los problemas de los otros, deseando ayudar a todos en cualquier circunstancia. Esta entrega la convertía en una ser excepcional. Tenía un corazón blando, frente a la dureza y el egoísmo del mundo que nos rodea, y de acero la voluntad de superación. Tal vez por eso en la mañana de ayer, se la rompió el miocardio y nos dejó tristes por privarnos de su presencia, pero alegres por haberla conocido y compartido tantas tareas.

En la frase escueta que más he escuchado en estas horas se encierra el homenaje que querernos rendirte: «¡Gracias María!».

EMILIO DE DIEGO
Real Academia de Doctores de España